ISAÍAS EL ANACORETA

Nuestro santo Padre Isaías el Anacoreta vivió alrededor del año 370 después de Cristo y fue contemporáneo del abad Macario el Grande.

Habiendo meditado por días y noches sobre las divinas Escrituras y acudido muy frecuentemente a las fuentes de la salvación,[1] *sumergido en las caudalosas aguas de la sabiduría espiritual, fue autor de muchos y bellísimos discursos que abarcaron argumentos distintos, útiles para el alma, hasta formar un libro entero.*[2] *Recopilando pasajes de estos escritos, hemos conformado el presente discurso para aquellos que desean custodiar su intelecto. En él aprendemos cómo debemos rechazar los asaltos de los pensamientos y tener una conciencia irreprochable, meditar en secreto y, con ciencia, custodiar perfectamente imperturbables las tres partes del alma.*

* * *

[1] Cf. Is 12, 3.

[2] Isaías es autor de un *Asceticon* que ha tenido una gran difusión en el Oriente Cristiano. Sobre su obra existen aún muchos complejos problemas. El *Asceticon* fue editado por primera vez en 1911, en Jerusalén, por Agustinos y reimpreso por Schoinas en Volos en 1962. Sin embargo la mayor parte había sido ya inserta por P. Everghetinós, (V Ed. a cargo del monaterio de la Transfiguración, Atenas 1957-1961), impresa por primera vez en Venecia en 1783. Existe una traducción francesa del *Asceticon*: D. Hervé de Broc, *Abbé Isaïe: Recueil Ascétique*, Coll. "Spiritualité Orientale", 7, 2.a de., Abbaye de Bellefontaine, 1976, y también una en lengua española: *Textos Ascéticos del Abad Isaías*, "Ichthys", Buenos Aires, Lumen, 1980.

Isaías no es particularmente original, pero no es ésto lo que busca, sino que su objetivo es justamente el de transmitir lo que él mismo ha recibido de las enseñanzas de los Padres, en particular, la enseñanza común de los Padres del desierto referente a la *esiquia*. Cómo encontrar y custodiar la *esiquia* constituye la tensión de fondo de toda su obra. Su aporte personal consiste eventualmente en un profundo sentido de discernimiento y discreción. (Respecto a Isaías y su obra, cf. L. Regnault, en el *Dictionnaire de Spiritualité*, VII, 2083 y ss.).

Los breves capítulos incluidos en la *Filocalia* no son más que fragmentos concernientes a la custodia del intelecto.

Los datos sobre la vida de Isaías el Anacoreta permanecen aún bastante inciertos. Se mencionan dos Isaías, el de Scete y el de Gaza, aunque es bastante probable que se trate de un solo Isaías, que vivió en Scete en la primera mitad del siglo V, habiendo muerto en Gaza (Palestina), alrededor del año 488, como recluso, luego de haber dejado la guía del monasterio por él fundado a su discípulo Pedro.

La Custodia del Intelecto

1. Hay entre las pasiones una ira del intelecto, que es según natura. Sin ira no hay pureza en el hombre, si él no se enfada contra todo lo que el Enemigo siembra en el hombre en su perjuicio. Y cuando Job se encontró con sus enemigos, los insultó diciéndoles: *Gente desdeñable y sin honor, privados de todo bien, no os he estimado ser dignos de contaros entre mis perros de pastor.*[1] El que quiera acceder a la ira según natura, anula todos sus deseos, hasta colocarse en el estado natural del intelecto.

2. Si te estás oponiendo a la turba de tus enemigos y los ves, debilitados huir, no te alegres en tu corazón, porque la malicia de los espíritus está detrás de ellos. Están preparando una lucha peor que la anterior, dejando otros apostados detrás de la ciudad ordenándoles no moverse de allí. Si tú te opones y los enfrentas, huyen delante tuyo, desbandados. Pero si tu corazón se eleva porque los has rechazado y abandonas la ciudad, los unos surgen de atrás, los otros se levantan por delante, y dejan a tu mísera alma en medio de ellos, sin vía de escape.

La ciudad es la plegaria. La resistencia es la contradicción en Cristo Jesús. El apoyo es el desdén.

3. Permanezcamos, oh dilectos, en el temor de Dios, custodiemos y observemos la práctica de las virtudes. No hagamos tropezar nuestra conciencia, pero cuidemos de nosotros mismos en el temor de Dios, hasta que nuestra conciencia se libere a sí misma junto con nosotros, para que entre nosotros y ella haya unidad: no por nada ella es nuestro custodio y nos indica dónde podemos tropezar. Si no le obedecemos, se retirará de nosotros; abandonados por ella, caeremos en manos de nuestros enemigos, que no nos dejarán más, tal como nos enseñara el Señor, diciendo: Conoce a tu adversario mientras caminas con él.[2] Dicen que el enemigo es la conciencia que se opone al hombre que obedece a la voluntad de la carne. Si el hombre no la escucha será entregado a sus enemigos.

[1] Cf. Jb 30, 1.

[2] Cf. Mt 5, 25.

4. Si Dios ve que el intelecto se somete a Él con toda su fuerza y no a otra ayuda que no sea la suya, lo corrobora, diciendo: *No temas, siervo mío Jacob, minúsculo Israel.*[3] Y aún dice: *No temas, porque te he rescatado, te he llamado por tu nombre, tú eres mío. Si cruzaras por sobre el agua, estaré contigo, y los ríos no se cerrarán alrededor tuyo. Si pasaras a través del fuego, la llama no te quemará. Porque yo soy el Señor tu Dios, el Santo de Israel que te salva.*[4]

5. Y si el intelecto es así tranquilizado, toma coraje contra los enemigos y dice: ¿Quién me hace la guerra? ¡Qué me enfrente! ¿Quién es el que me juzga? ¡Que se acerque! He aquí al Señor que me ayuda, ¿quién se atreverá a dañarme? Y todos ustedes, roídos por la polilla, como un vestido, envejecerán.[5]

6. Si tu corazón, por naturaleza, empieza a odiar al pecado, lo vence colocándose lejos de aquellos que lo generan. Pon el castigo delante de ti y sabrás que el que te ayuda permanecerá a tu lado. No lo aflijas en nada, sino que debes llorar frente a él, diciendo: "¡Tuya es la misericordia, porque tú me rescatas, oh Señor! ¡Me siento impotente de huir de las manos de los enemigos sin tu ayuda." Si atiendes también a tu corazón, él mismo te custodiará de todo mal.

7. El monje debe cerrar todas las puertas de su alma —es decir, los sentidos— para que éstos no lo induzcan a caer. Si el intelecto ve que no es dominado por nada, se prepara para la inmortalidad, recogiendo sus sentidos y convirtiéndolos en un solo cuerpo.

8. Si el intelecto se ha liberado de toda esperanza relativa al mundo de las realidades visibles, esto es señal de que el pecado ha muerto en ti.

9. Si el intelecto se ha liberado, la barrera que existe entre éste y Dios se va.

10. Si el intelecto se libera de todos sus enemigos y observa el reposo sabático, se halla en otro mundo, un mundo nuevo y piensa en cosas nuevas e incorruptibles. Por otro lado, *allí donde está el cadáver, allí se encontrarán las águilas.*[6]

11. Los demonios, en su astucia, acechan el momento oportuno: sucede que a veces, el hombre distiende su corazón, pensando que éstos han abandonado su acechanza. Es entonces cuando los demonios se

[3] Cf. Is 41, 14.
[4] Is 43, 1-3.
[5] Cf. Is 50, 8.
[6] Mt 24, 28.

abalanzan sobre la mísera alma y la maltratan como a un pájaro. Y si la vencen, la humillan sin piedad con todo tipo de pecado, aún más gravemente que al principio, con aquellos pecados por los cuales rogaba ser perdonada. Permanezcamos pues en el temor de Dios y custodiémoslo con el corazón, cumpliendo con nuestra práctica (espiritual), custodiando las virtudes que impiden la malicia de los enemigos.

12. Nuestro maestro Jesucristo, sabiendo cuán despiadados son los demonios, lleno de piedad por el género humano, ha dado esta orden con amargura en el corazón: Estén prontos a toda hora porque no sabéis cuando viene el ladrón. Para que éste no venga y los encuentre dormidos.[7] Y más aún: Cuidad que vuestros corazones no se entretengan demasiado con la gula ni con la ebriedad o con las preocupaciones de esta vida, descuidando el momento en que llegue esa hora.[8] Permanece cerca de tu corazón, cuidando tus sentidos: si vive en paz contigo el recuerdo de Dios, podrás sorprender a los ladrones que tratan de depredarlo. El que examine con exactitud sus pensamientos, reconocerá a aquellos que están por entrar y contaminarlos. Éstos perturban el intelecto tratando de distraerlo y de arrastrarlo hacia el ocio. Los hombres que reconocen su malicia, permanecen imperturbables, rezando al Señor.

13. Si el hombre no odia toda actividad mundana, no puede rendir culto a Dios. ¿Cuál es, entonces, el culto a Dios? ¿No consiste quizás en que no debemos tener nada ajeno en el intelecto, mientras le rezamos? ¿Ni voluptuosidad, mientras lo bendecimos? ¿Ni malicia, mientras le cantamos himnos de gloria? ¿Ni odio, mientras le damos la preferencia? ¿Ni celo malvado, mientras meditamos en Él y lo recordamos? Todas estas cosas tenebrosas, son como un muro que rodea al alma miserable, y ella no puede rendir culto a Dios con pureza, mientras las carga dentro de sí. Porque estos malos sentimientos detienen al alma en el aire, no permitiéndole ir al encuentro de Dios,[9] bendecirlo en secreto,[10] y recibirlo con dulzura en el corazón, al ser por Él iluminada. Siendo así, el intelecto se encuentra siempre en tinieblas y no puede progresar según Dios, porque no se preocupa por eliminar estas cosas con conocimiento.

14. Cuando el intelecto mantiene los sentidos del alma alejados de la voluntad de la carne, entonces, si Dios ve las turbias pasiones arrojarse sobre el alma para dominar los sentidos con el pecado y oye al intelec-

[7] Cf. Mt 24, 42 y ss. y 25, 5.
[8] Cf. Lc 21, 34.
[9] Cf. 1 Ts 4, 17.
[10] Cf. Mt 6, 6.

to gritar ininterrumpidamente en secreto, pidiendo ayuda, Dios acude, disolviendo todo de un solo golpe.

15. Te recomiendo, mientras estés en este cuerpo, no permitir que tu corazón se abandone. Pues el cultivador no puede contar con ninguno de los frutos que han de crecer en su campo: ¡desconoce lo que sucederá antes de que el fruto sea guardado en sus almacenes! Así el hombre no puede permitir que su corazón tenga un descanso, mientras haya aliento en su ser. Y como el hombre desconoce cuál pasión se le puede presentar, mientras tenga aliento, deberá cuidar muy bien de su corazón. Deberá siempre acudir a Dios, para obtener ayuda y misericordia.

16. El que no obtiene ayuda en tiempos de guerra, tampoco puede confiar en lograr la paz.

17. Cuando alguien se aleja por el lado izquierdo, conoce con exactitud todos los pecados que ha cometido en contra de Dios. Pues no se ven los pecados hasta tanto no nos hemos separado de ellos con una separación drástica. El que ha alcanzado esta distancia, encontrará el llanto, la súplica, y la vergüenza delante de Dios, recordando las malas amistades de las pasiones. Luchemos pues, hermanos, según nuestro poder, y Dios nos ayudará según la abundancia de su misericordia,[11] aunque no hayamos custodiado nuestro corazón, como nuestros padres, siempre hagamos lo que podamos para evitar que nuestros cuerpos conozcan el pecado, como Dios nos pide, y creamos que cuando venga el tiempo de la hambruna, Dios nos colmará con su misericordia, junto a sus santos.

18. El que pone su corazón a la búsqueda de Dios con piedad y según la verdad, no puede saber que ya ha encontrado la complacencia de Dios. Mientras la conciencia no lo reprenda por algún brote mal germinado, el hombre desconoce la libertad. Puesto que, mientras está el que reprende, está también el que acusa, y mientras existe la acusación, no existe la libertad. Pero si percibes que al rezar nada ni nadie te acusa, entonces estás libre y has entrado en el santo reposo según su voluntad. Si ves que el fruto crece con vigor y no es sofocado por la maleza del enemigo, (¡y que los adversarios se han ido, no ciertamente por su voluntad, sino inducidos con astucia a no jugar más con tus sentidos!), y si ves que la nube proyecta tu sombra sobre tu tienda,[12] y el sol no te quema de día ni la luna de noche,[13] si de ti depende todo lo que contiene la tienda, para que tú la levantes y la custodies según la voluntad de Dios,[14] entonces, en tal caso, tú habrás obtenido la victoria por intermedio de Dios. Y Él custodiará tu tienda, pues ésta es suya. Mientras haya guerra, el hombre permanecerá en el temor o en el temblor, sin saber si hoy vencerá o será vencido, si mañana será vencido o vencerá: el que lucha tiene su corazón angustiado. Pero la impasibilidad es un estado de ánimo privado de lucha. Aquí el hombre ha recibido su premio y no tiene ya preocupaciones con respecto a sus tres partes, pues mediante la acción de Dios, éstas han alcanzado la recíproca paz. Estas tres partes son: el alma, el cuerpo y el espíritu. Cuando las tres se han convertido en una por intermedio del Espíritu Santo, no pueden ser más separadas. No pienses que has muerto al pecado mientras sufres violencia por parte de tus enemigos, ya sea cuando velas como cuando duermes. Pues hasta tanto un pobre hombre se encuentre en el estadio, no puede fiarse.

[11] Cf. Sal 50, 1.

[12] Cf. Ex 40, 34.

[13] Cf. Sal 120, 6.

19. Si el intelecto es fortalecido y se prepara a obedecer al amor que apaga todas las pasiones del cuerpo, y no permite que nada contra natura oprima al corazón en su potencia, éste resiste a la potencia que actúa contra natura, mientras no la separe de la realidad que está según natura.

20. Obsérvate a ti mismo y a tu corazón, hermano, obsérvate delante de Dios y busca si hay algo pasional en él. Si es así, échalo, para que no caiga sobre ti un espantoso decreto.

21. Cuida de tu corazón, hermano, y vigila a tus enemigos, porque éstos son astutos en su malicia. Y convéncete en tu corazón de la verdad de esta palabra: es imposible que haga el bien quien habitualmente hace el mal. Por ello, nuestro Salvador nos ha enseñado a vigilar, diciendo: *Estrecha es la puerta y angosto el camino que conduce a la Vida y pocos lo encuentran.*[15]

22. Cuida, pues, de ti mismo; no permitas que nada de lo que te pueda llevar a la perdición te separe del amor de Dios. Domina tu corazón y no dejes que la pereza se posesione de ti. No digas: "¿Cómo podré custodiarlo si soy un hombre pecador?" Cuando el hombre realmente abandona sus pecados y se dirige a Dios, su penitencia lo regenera y lo renueva.

23. En las Sagradas Escrituras, en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, por doquier, se habla de la custodia del corazón. Antes que nadie,

[14] Cf. Ex 40.

[15] Mt 7, 14.

David, el cantor, proclama: *"Hijos de Dios, ¿hasta cuándo tendréis el corazón culpable?*[16] Y también: *Su corazón es vano.*[17] Y a propósito de los que piensan cosas vanas, *Se dijo en su corazón: No me conmoveré.*[18] Y aún: *Se dijo en su corazón: Dios olvida.*[19] Y muchas otras cosas de este tipo. El monje debe comprender el sentido de las Escrituras: a quién y cuándo hablar; debe mantener siempre firme su lucha hacia la ascensión y prestar atención a los embates del adversario. Como un verdadero remero debe cruzar el oleaje guiado por la gracia, sin apartarse de la vía y cuidando solamente de sí mismo, y debe —con recogimiento— hablar con Dios, con un pensamiento no distraído y el intelecto simple.

24. El momento actual exige de nosotros la oración, así como los vientos, el gran oleaje y la tempestad exigen la presencia de un remero experimentado. Nosotros tenemos la capacidad de enfrentar el asalto de los pensamientos, ya sean virtuosos como malvados. Se dice que el pensamiento piadoso y enamorado de Dios es dueño de las pasiones. Conviene que nosotros, los hesicastas, con buen sentido y sobriedad, sepamos discernir y separar la pasiones y los vicios: saber cuál virtud aplicar primero, cuando padres y hermanos están presentes; cuál ejercitar, cuando estamos solos; cuál debe ser la primera virtud, cuál la segunda y cuál la tercera; cuál pasión es propia del alma y cuál propia del cuerpo; con motivo de cuál virtud el orgullo abofetea el intelecto; con motivo de cuál virtud nace la vanagloria; se presenta la cólera o sobreviene la gula. En efecto, debemos abatir los pensamientos y toda altura que se levante en contra del conocimiento de Dios.[20]

25. La primera virtud es la ausencia de cuidados, es decir, estar muertos a todo hombre y negocio. Por otro lado, de aquí se genera la ira según natura, que se opone a toda tentación del enemigo. Entonces, el temor a Dios encuentra un ámbito en el hombre, y, mediante el temor, se manifiesta el amor.

26. Es necesario echar del corazón el asalto del pensamiento con piadosa contradicción en el tiempo de la oración, para que no suceda que hablemos a Dios solamente con los labios, mientras que con el corazón pensamos cosas inconvenientes. Dios no acepta de un hesicasta una plegaria turbia y descuidada. A lo largo de todas las Escrituras se afirma que

[16] Cf. Sal 4, 3.
[17] Cf. Sal 4, 3.
[18] Cf. Sal 10, 6.
[19] Sal 10, 11.
[20] Cf. 2 Co 10, 4 y ss.

se debe custodiar los sentidos del alma. Porque si la voluntad del monje se somete a la Ley de Dios, y el intelecto guía según su ley a sus súbditos, es decir, todo lo que provoca agitación en el alma, y en particular, la cólera y la concupiscencia —que son súbditos de la razón— nosotros hemos obrado con virtud y ejercido justicia: hemos dirigido la concupiscencia hacia Dios y a su voluntad, y la cólera contra el diablo y el pecado. ¿Qué debemos buscar ahora? La meditación secreta.

27. Si en tu alma se siembra lo que es vil, tú, sentado en tu celda, observa: debes oponerte a la malicia para que no te domine; permanece solícito al recordar que Dios está atento a lo que haces, y lo que tienes en tu corazón le resulta evidente. Debes decirte en tu alma: "Si temes a los pecadores similares a ti, por miedo a que vean tus pecados, ¿cuánto más a Dios, quien todo lo ve?" A partir de este conocimiento se manifiesta el temor a Dios en tu alma. Si permaneces con Él, no te sacudirán las pasiones, tal está escrito: *El que confía en el Señor es como el Monte Sión; no será sacudido en eterno el que habita en Jerusalén.*[21] Y en toda acción que cometas, ten presente a Dios, quien ve en ti tu pensamiento, y no pecarás jamás.

A Él la gloria en los siglos. Amén.

[21] Cf. Sal 124, 1.